

Perdí la cuenta de la cantidad de alaridos que lancé antes de caer desmayado. No por el dolor de autoflagelarme, sino más bien por la tortuosa fila de rememoraciones que tuve sobre mi vida (la vida del ángel). En ese momento confirmaba que todo había sido un engaño. Mi existencia, lo que yo siempre había creído de mí, se resumía en los gritos de frustración que cubrían desamparados el silencio de la tarde. Estaba solo. Y no importaba si hubiese otro, porque entre los dos, igual estaría solo. Intentando abrigar ese vacío en mi garganta que me acompañaría hasta el fin de los días.

SOBRE-EDIFICACIONES

Luis Eduardo Gómez Dizama

Nadie admira más a Renzo Llanos que mi familia. Nuestros actos han rendido el mayor tributo a su obra. Podrán calificarnos de orates, ridículos y exagerados, pero hemos actuado como hombres, pusimos humanidad donde no la había.

No teníamos vicios, no sentíamos ningún placer por la arquitectura, nuestra atención no resistía tres segundos fija en una columna, en un pórtico o en un alero. Todo para nosotros era simple e intrascendente, sin profundidades ni símbolos. Hasta que nos encontramos con los titanes o ellos nos hallaron con el último esfuerzo de un dios olvidado.

La primera mañana de enero una extraña impresión nos sobrecogió delante del calendario. El pequeño fajo de hojas no hubiese tenido mayor importancia de no ser por las imágenes que lo acompañaban. Sorprendentes edificios en cuyos innumerables cuerpos se mostraban, en un orden casi geométrico, líneas curvas de naturaleza funcional y plena, silencios sosegantes, fronteras infranqueables y una tenue rebeldía hacia el espacio. "Los Gigantes de Renzo Llanos" titulaba la colección de doce edificios majestuosos. Pasamos semanas deteniéndonos delante de estas figuras con la curiosidad de un liliputiense, buscando un defecto, una debilidad; descubriendo qué era un triforio, una ábside, un transepto.

Pronto les tomamos un especial aprecio, como si fueran una hueste de atlas sosteniendo un mundo de cuatro paredes los contemplábamos maravillados. Hermosos colosos que contenían el orbe en sus cuerpos, cansados ya de solo sostenerlo. Esta imagen se repe-

tía en mi mente a toda hora. Veía a un titán inicial, avasallador y tremendo, en cuclillas negándose a caer bajo el peso del planeta, con los brazos desarticulados por el esfuerzo y el rostro carcomido por el paso constante del sudor. Cansado y sangrante resistía casi inmóvil repitiendo apenas el temblor de las piernas. Solo el globo terrestre parecía tener vida, en una transformación interminable sus montes imitaban dedos imponentes, los ríos se convertían en filas lisas donde fluía una sangre azulina, de sus terrenos llanos emergían estructuras humanoides: exoesqueletos descomunales, figuras fálicas, y variadas formas antropomórficas. Innegablemente la esfera se incorporaba al cuerpo del semidiós o este en un gesto omnívoro la asimilaba. Y todo ello pasaba en mi cabeza como una proyección de cine, como un animal en llamas.

A pesar de lo imponente de los edificios había algo que los hacía extraños a la carne, a la sensibilidad, una oquedad hialina —real pero transparente—; y esto nos llenaba de una melancolía ardiente. ¿Habría Renzo Llanos olvidado algo?

Esta preocupación nos mantuvo despiertos varias semanas hasta que la respuesta surgió de alguna profundidad que sobrepasaba las particularidades de nuestros pensamientos. No supimos de donde, pero estaba en el aire, flotando para todos, presa de nuestras miradas como un ciervo esperando el disparo.

No cabía duda. Era necesario emprender la construcción del cuarto, solo así nos liberaríamos de aquella visión que tornaba nuestras vidas laxas e incompletas: Liquidaríamos una necesidad olvidada por el maestro.

La primera semana albergó frustrantes eventos. Los ahorros apenas alcanzaron para unos pocos materiales, se tuvo que pedir préstamos, así como empeñar valiosos objetos familiares. Nuestros cuerpos, poco acostumbrados al trabajo físico, sufrieron calambres y sarpullidos, convirtiéndonos en animales irreales que mordían y arañaban sus propios miembros, que jugaban con el asbesto y liberaban pestilentes orines. Envueltos en un sudor ubérrimo, chocaban nuestros cuerpos entumecidos contra los magros adobes y tablones mohosos, gesticulábamos sin orden un lenguaje instintivo. Nuestra piel adquirió un aura fantasmal por el polvo y el aserrín, y las palmas de nuestras manos se tornaron un viejo cuero curtido.

El desencanto era notorio, sin embargo, ninguno de nosotros pensó en llorar. La habitación no había sido terminada, y las reglas eran claras: Nadie podría derramar una lágrima fuera del nuevo habitáculo. El dolor de un dedo estrangulado por un adoquín, la fisura carmesí producida por la sierra, el picante escozor del cemento en el cuerpo, la riña más acalorada de la tarde, debía caer en un desconcertante olvido. Sabíamos que toda emoción lleva en sí el germen del llanto.

La construcción avanzaba lentamente a pesar de nuestros denodados esfuerzos. El patio central, lugar elegido para la obra, lucía como una ruina posbélica. Una algarabía de ladrillos y fierros entrelazados con poca astucia anunciaba la inutilidad de nuestros esfuerzos. Tan solo con entrar en ese patio algo en nosotros se desmoronaba y otro tanto pugnaba por explotar.

Con la esperanza de no perder la cordura y ganar algo de fe, inventamos un sistema para refrenar la tensión emotiva. Dado el caso de una irremediable explosión sentimental, la persona pasaba a ser aislada en la cocina, donde se le daba una mezcla de hierbas y tranquilizantes, comía y bebía todo lo que deseaba. Luego, un poco más tranquila, escribía en una hoja la causa de su detenido sollozo, de inmediato colocaba el papel en un florero ubicado —para este fin— en el umbral de la puerta y seguidamente volvía a la construcción. Con esto se honraba el espacio arquitectónico, y se dejaba un recordatorio para cuando el cuarto estuviera terminado por

completo. Entonces sí podríamos poner el dedo en la llaga, espolear nuestras frustraciones y temores: descargaríamos nuestro ahogado dolor.

La represión resultaba difícil y peligrosa; muchas veces el proyecto estuvo a punto de morir, las reacciones eran difíciles de predecir y contener, por ello nuestro temor era constante. El aire estaba cargado de una energía punzante.

Una tarde, mientras mi padre preparaba la mezcla de arena y cemento una de las paredes cedió, un sonido seco e infinito golpeó su hombro. El silencio que siguió al desplome y la terca personalidad de papá nos hizo pensar en que se resistía incluso a gritar, pero cuando nos acercamos, él estaba llorando, se dibujaban líneas claras en su rostro empolvado. En cuclillas, encogido, untaba un poco de la mezcla en el suelo, colocando inmediatamente un rojo adoquín, sabíamos que era inútil acercarnos. Nos retiramos a dormir, confundidos y abatidos por nuestro padre herido y nuestra cámara inconclusa para siempre.

Por la mañana sorprendió a todos un muro de proporciones descomunales. El lugar del accidente pertenecía ahora al territorio de la edificación. La habitación que debía medir seis metros cuadrados pasó a adquirir medidas asombrosas. Mi padre había levantado en la noche una pared realmente colosal, partía la sala y el comedor en dos medias lunas increíbles, dada la rectitud del espacio; interrumpía los pasillos negando cualquier asomo al cuarto de aseo y cubría por completo el vestíbulo. Con esto se zanjaba totalmente el asunto de las lágrimas de papá.

A partir de ese día los límites fueron olvidados: Mi hermana mayor, que sufría del síndrome de llorar en el tocador, abrió un paso que comunicaba los baños de cada ala de la casa con el nuevo cuarto y con su

dormitorio. Mi madre, aduciendo poco espacio para la alacena (lugar preferido para apoyar su melancolía) expulsó la cochera y la esperanza de tener un auto hacia el jardín, lo que era en vano pues pronto la cocina entera sería devorada por la instalación. Desde el segundo nivel, mi hermano abría un agujero y colocaba un tubo a la manera de un cuartel de bomberos; lo que resultaba, a todas luces, práctico y envidiable. Mi hermana pequeña solo atinaba a llevar de uno en uno sus juguetes, sin percatarse de que las paredes de caoba que cercaban su habitación habían sido remplazadas por cortinas corrediizas. Mi padre, con el ánimo más presto, eliminó las visitas familiares y las cuatro paredes que solían albergarlas, colocó —obsesivamente— ventanas en cada muralla e inventó pilares con trozos de cemento seco, alambre y arcilla.

No mentiré. Yo también trabajé únicamente para mí. Aprovechando un descuido, horadé la pared que me separaba de la nueva edificación. Mudé mi cama, el estante de mis libros y un viejo álbum fotográfico.

La construcción ha tomado cinco años. Se derribaron y construyeron, y nuevamente derribaron y construyeron cientos de muros y columnas. En el umbral de la puerta, correctamente marcado con tiza, está prohibido llorar. Solo el cuarto, que simula el corazón de un gigante, admite este delicado acto de humanidad.